

de conjuntos un axioma fuerte que afirme la existencia de un cardinal inaccesible sin que ello conduzca a inconsistencias. Dado que esta adición facilita aún más las pruebas mediante modelos de valores booleanos, así como por los resultados a que ha llevado en el Análisis, parece que este tema es uno de los que requiere una atención más urgente.

*J. Sanmartín Esplugues*

MICHAEL LOWY: *La teoría de la Revolución en el joven Marx*. Trad. Francisco González. Ed. Siglo XXI, Madrid 1973, 313 pp.

Recensionar un libro como el de Lowy me es particularmente grato. Demasiadas veces aquellos que han escrito acerca del joven Marx se han "contagiado" de aquel estilo tan peculiar —y tan alejado de lo que sería de desear en nuestro tiempo— que caracterizaba a los jóvenes hegelianos. No ocurre así en este libro en el que la sencillez y claridad pugnan por prevalecer constantemente.

*La teoría de la Revolución en el joven Marx* está estructurada en tres partes, de las que la primera y la última no constituyen en realidad más que apuntes y sugerencias. En la Introducción —primera parte— se hallan una serie de observaciones metodológicas que, si bien cobran su real sentido y dimensión en el contexto de la obra, son de tal envergadura que su ubicación desborda ampliamente aquélla, por lo que, en gran parte, deben considerarse como hipótesis y sugerencias. A destacar de ellas la tesis de Lowy de la especificidad de las ciencias sociales debida, entre otras cosas, a su carácter comprometido, que produce el que la falacia naturalista, por ejemplo, quede fuera de lugar.

La segunda parte, que constituye lo grueso y fundamental de la obra, es un análisis del desarrollo de la teoría de la Revolución de Marx, a través de las sucesivas fases de su pensamiento y actividad, hasta 1848, fecha de la aparición del Manifiesto. Y digo de su pensamiento y actividad porque Lowy tiene mucho interés en mostrar, acertadamente, cómo ambas facetas se compenetran y transforman continuamente. Lowy va haciendo hincapié poco a poco en dos ideas que, a su vez, constituyen las líneas-fuerza de la teoría de la Revolución de Marx: la unificación del proletariado, su aparición en la historia como clase e, íntimamente ligada con ésta, la de su autoemancipación. Ambas ideas sólo aparecerán claramente definidas en el Manifiesto. Es la comprensión de este núcleo, la que rige la línea de análisis de Lowy desde la época de la filosofía hege-

liana y feurbachiana hasta la de las luchas contra todo tipo de socialismo utópico. Desde estas posiciones cobran sentido y unidad las luchas constantes de Marx, a partir de 1848, contra todo mito jacobino-babouvista-blanquista de la Revolución (emparentado con la concepción hegeliana de izquierda del propio Marx del proletariado como materia, pasivo, etc. y los intelectuales críticos como espíritu, actividad, etc.) En este sentido Marx rechazará, a partir del artículo "El rey de Prusia y la reforma social", la tesis, que el había defendido en la Introducción a la filosofía del derecho de Hegel, de que la concepción socialista le tenía que ser introducida al proletariado desde fuera (tesis que curiosamente recogería Kautsky y, a través de éste, el propio Lenin). Todo ello es inconcebible que Marx lo hubiera comprendido sólo a través de deducciones "teoréticas" o especulativas y Lowy continuamente destaca la importancia que tuvo en el nacimiento del marxismo el contacto de Marx y Engels con el movimiento obrero. Esto es algo a tener muy en cuenta frente a las tentaciones de las interpretaciones "científicas" de Marx.

No obstante, se nota en el análisis de Lowy la falta del estudio de la primera aproximación de Marx a la Economía Política Clásica. Se señalan en la obra el carácter especulativo, feurbachiano, que tienen los Manuscritos de 1844, en donde el comunismo aparece como un momento desalienador, paralelo al del ateísmo en Feuerbach, constituyendo aun una forma mediatizada más allá del cual Marx coloca un humanismo positivo. Y si el autor se hubiera encarado ante el carácter de la crítica a la economía burguesa que lleva a cabo Marx en los Manuscritos, se hubiera encontrado con los mismos presupuestos idealistas y especulativos. Y es que la crítica de Marx en dicha obra está hecha "desde fuera", en las antípodas de lo que hará en *El Capital*, en donde la crítica tiene un carácter, en gran parte, kantiano: fijación de las limitaciones ineludibles que tiene el sistema capitalista y consiguientemente las de los economistas burgueses. En esta crítica, a diferencia de la de los Manuscritos, Marx capta la "racionalidad" interna de la economía burguesa y desvela sus límites máximos. El análisis de Lowy, no obstante, resulta esclarecedor para una mejor comprensión de *El Capital*. Muchos pasajes de éste no se entenderían sin tener en cuenta el carácter comprometido de la tarea científica de Marx (capítulos como el de la "Jornada de Trabajo" no se entienden si no es así). En definitiva, Marx no hace otra cosa que buscar unas bases sólidas, científicas, para destruir los mitos que impiden que el proletariado se constituya como clase, es decir, sea revolucionario,



y que sirvan para encontrar más certeramente el camino de la revolución proletaria.

La tercera y última parte constituye una serie de breves análisis sobre la organización del partido proletario desde El Manifiesto de Marx hasta el final de su vida, y de las concepciones de Lenin, Rosa Luxemburgo, Gramsci, Lukacs, Trosky y Che Guevara.

Son análisis poco desarrollados (alguno muy flojo como el de Gramsci) del que habría que destacar como de cierto interés el de Lenin. Dado que la concepción del Partido leninista ha pasado a la historia del movimiento obrero, fundamentalmente, como el propuesto en el *Qué Hacer...*, son interesantes las precisiones que hace Lowy acerca de la evolución del pensamiento de Lenin. Pues es el caso que la concepción "centralista" de *Qué hacer...* y *Un paso adelante y dos pasos atrás*, aislada de sus circunstancias u objetivos específicos, choca con las tesis marxistas que precisamente rechazaban ya las tesis de que el socialismo le tenía que ser insuflado desde fuera al proletariado, y que destacaban el papel decisivo de la iniciativa propia de las masas. La posterior evolución de Lenin —a partir de 1905 en "Sobre la reorganización del Partido" y "Partido socialista y revolucionarios sin partido"— marcará ya el total abandono de lo que de blanquismo pudiese haber en sus dos primeras obras. Precisamente la concepción leninista, no demasiado alejada por otra parte de la de Rosa Luxemburgo, ha pasado a la historia como un modelo de confianza en la iniciativa propia de las masas proletarias.

Francesc Agües

DORFLES, GILLO: *Sentido e insensatez en el arte de hoy*. Trad. J. Espinosa. Valencia. F. Torres Editor, 1973, 176 páginas.

En este libro se recogen quince artículos del relevante crítico de arte y profesor de Estética de la Universidad de Milán, Gillo Dorfles. Nacido en Trieste en 1910 y formado en Italia —Milán y Roma especialmente— es conocido por su actividad multiforme: fundador, junto con B. Munari y Soldetti del "Movimiento pro Arte Concreto" (MAC) en 1948, organizador de exposiciones, conferenciante en diversas universidades europeas y americanas, quizá sea más notoria su labor y su personalidad, en nuestro país, a través de las numerosas obras que aquí se han editado.

Dejando aparte sus constantes colaboraciones en muy diversas revistas especializadas (que luego, habitualmente, se concretan o